

Me hice docente por la influencia de los practicantes, hoy llamados “docentes en formación”

Adriana Piedad García Herrera*

Estoy convencida que me hice docente porque estudié la educación primaria en la Urbana 108 “Práctica Anexa a la Normal de Jalisco”. En aquellos tiempos “La anexa” como le llamamos coloquialmente, era una escuela primaria, como muchas otras en el país, que respondía al modelo educativo de formación docente, previo al nivel de Licenciatura que se otorga a partir de los planes y programas de 1984. Este modelo unificado de escuela Normal-escuelas anexas garantizaba el aprendizaje en la práctica de los normalistas, incorporando una extensión de la institución normalista, convertida en una escuela anexa del nivel de educación básica acorde con la formación que se ofrecía en la Normal. Hoy en día las actividades de práctica en las escuelas de educación básica siguen siendo parte importante del modelo de formación a nivel de licenciatura, pero las escuelas anexas tomaron distintos rumbos en la escala estatal y nacional.

Fui una niña que hizo su educación primaria siempre acompañada de practicantes, hoy llamados “docentes en formación”. Llegaban en grupo y se colocaban alrededor del aula. Siempre me llamaron la atención, su uniforme, la solemnidad con la que se mantenían en el salón de clases y lo importantes que nos hacían sentir porque éramos protagonistas de un gran evento. Yo no tenía claridad de qué se trataba, pero sabía, me sentía muy emocionada con tantas personas a nuestro alrededor, modificando la rutina diaria en el aula y en la escuela.

Llegaban los practicantes y era una fiesta, las clases se llenaban de materiales, de juegos, de refuerzos positivos en forma de estrellitas en la frente o en gráficas de conducta y aprovechamiento que se colocaban en las paredes del salón. No estoy segura de los periodos ni de la temporalidad de las prácticas, pero en mi vivencia los normalistas nos llevaban a un mundo alterno que nos hacía soñar y aprender, eran esos días que siempre esperaba que se repitieran a lo largo del ciclo escolar y al paso de los años durante mi educación primaria. Todos

participábamos en las actividades que proponían, pero particularmente mi mente se echaba a volar, me imaginaba al frente como ellos, poniéndome en su lugar y me decía: yo quiero hacer materiales para los niños y trabajar con ellos, ¡quiero ser maestra!

Esta experiencia de trabajo con los normalistas se amplificaba con las visitas frecuentes a la escuela Normal: al edificio que desde 1958 alberga la hoy Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. Salir de la primaria en grupo y todos formados era ya un evento extraordinario y de gran emoción que se incrementaba al ingresar a ese conjunto de construcciones. Desde el trayecto a pie se podía ver el Mural “La cultura en Jalisco” de José Chávez Morado, y a la entrada al gran patio cívico sobresalía el “Monumento a la educación”, escultura creada por el jalisciense Miguel Miramontes Carmona; ambas expresiones artísticas que desde su fundación son parte estructural de la escuela.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que fui a la Normal, pero segura estoy de que fueron varias en los años en que cursé la educación primaria. Como suele pasar con los niños, yo veía ese edificio mucho más grande de lo que aún lo sigo viendo. El recorrido por los pasillos, y después bajar por las escaleras para enfrentarme al espectacular Teatro Griego, siempre ha sido para mí una experiencia impactante. Bajábamos los escalones del gran teatro y nos colocábamos como espectadores de las actividades artísticas y culturales que los normalistas ofrecían al público cautivo: los niños y los maestros de la escuela anexa. Tuve la fortuna de ser parte de ese público y de experimentar la emoción de estar en ese lugar físico, pero, sobre todo, de verme nuevamente como parte viva de la docencia, y en ese escenario me decía: yo quiero estudiar en esta escuela, ¡quiero ser maestra!

Es imposible saber el momento exacto en que tomé la decisión de ser docente, pero segura estoy que me hice docente por la influencia de los normalistas y de la escuela Normal, y que esa decisión se fue gestando entre los 6 y los 12 años de edad en que parte de mi vida se desarrollaba tanto en la escuela anexa como en la escuela Normal. Tampoco se puede saber cuándo fue la primera vez que contesté “maestra” a la pregunta de ¿qué quieres ser cuando seas grande?,

pero esa certeza, meta, expectativa, deseo y quizá ilusión ya era parte de mi futuro cuando egresé de la primaria.

¿Por qué no hablo de vocación? Narrar cómo es que me hice docente, me coloca nuevamente en un sitio distinto a la vocación. Nunca he creído en ese “llamado” o mística casi religiosa de la inclinación a la profesión docente, como el origen indisociable de una decisión de vida. En mi propia historia se pueden rastrear las influencias que motivaron mi toma de decisiones. Algunas de las niñas que cursaron conmigo la educación primaria las volví a encontrar ya en las aulas de la escuela Normal, no sé, ni se me ocurrió preguntar, por qué tomaron esa decisión profesional.

El recuerdo de los años de infancia y la reconstrucción de ciertos eventos significativos, tienen el potencial de identificar el cauce que siguen las motivaciones y las decisiones para elegir la docencia como profesión. Sabemos hoy que este recuento, no sólo el mío, sino como una herramienta de formación docente, sustenta y da sentido a la profesión, y consecuentemente fortalece nuestra identidad docente, al identificar sus orígenes y darles su justo valor.

Mis años de infancia y el recuento de los orígenes de mi decisión por dedicarme a la docencia, estarían incompletos si dejo fuera a mis hermanos. Ya de adultos hemos comentado en distintas ocasiones la influencia que tuvo en mí la primaria anexa a la Normal. Ellos cuentan sus anécdotas, pero ninguno recuerda espontáneamente a los practicantes, ni las salidas a la Normal. Los cuatro asistimos a la misma primaria, en el mismo periodo temporal, cada uno inscrito en su grado correspondiente, es imposible que sólo yo hubiera estado en los grupos con practicantes o que sólo a mi salón lo hubieran llevado a los eventos de la Normal.

Pero, como sucede con todos los hermanos, cada uno vive los eventos compartidos de una manera particular. Cada uno recuerda sus propias experiencias significativas, que, aunque se realizaron en familia, tuvieron un impacto distinto. Podríamos decir que es un recuerdo distribuido, ninguno tiene el recuerdo completo, cada uno aporta su parte y entre todos armamos nuestra infancia en familia. Yo apporto los recuerdos de los normalistas que prácticamente mis hermanos tienen

en el olvido, sin embargo, las salidas a la Normal vienen a su mente como eventos aislados que no les dejaron la misma huella que a mí. Esos recuerdos me son significativos y marcaron en mucho mi decisión por ser maestra.

Y sí, como la mayoría de los docentes, también hay maestras en la familia: mis tías hermanas de mi papá que venían en camión desde Chihuahua, de tanto en tanto, para visitar a la familia y hacernos tortillas de harina. Recuerdo muy bien la sobremesa en que se platicaba de todo y mis papás comentaban con ellas mi decisión de ser maestra, asunto que por supuesto era bien recibido y reforzado. Esos diálogos en familia fueron la probación pública de mi decisión de vida. En el imaginario familiar alguien tenía que seguir la tradición y desde niña asumí esa responsabilidad con gusto y con orgullo.

También tengo una prima educadora, fuimos formadas en la misma generación temporal, aunque hicimos la Normal en distintos lugares geográficos. En esos años de juventud compartir experiencias de formación fue fortaleciendo en mí esa identidad docente en ciernes. Hoy en día tengo una sobrina educadora egresada de una escuela Normal. Pero también la docencia ha tomado distintas formas en la familia: se ejerce en el arte, en la música y en el nivel de bachillerato, que no requieren necesariamente el paso por una escuela Normal. En el seno familiar se comparte el valor de formar a otros y ha sido una carrera de vida que se ha ejercido de generación en generación.

Este 15 de mayo de 2026 comparto mis recuerdos del origen en mi decisión de ser maestra. Sin embargo, mi historia y trayectoria docente a lo largo de mis años de servicio tomó un rumbo que jamás me hubiera imaginado en mis inicios, pero esa es otra historia que ya tendrá su tiempo y su espacio para ser contada.

*Doctora en Educación. Catedrática de la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco. adrianapiedad.garcia@bycenj.edu.mx